

# “Los inválidos” y “La compuerta N.º 12”

(Epílogo y prólogo de la vida minera).

C. FORESTI S.

Se publica este comentario sobre dos cuentos de Baldomero Lillo, incluídos en *Sub Terra*, en homenaje a los 100 años del nacimiento del ilustre escritor nacional, cumplidos el 6 de enero del presente año.

Revista *Aurora* confía en que éste sea el inicio de otros estudios sobre la vida y la obra de Baldomero Lillo, para los cuales están abiertas sus páginas.

“La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornar las vacías y colocarlas en las jaulas”.

Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo que después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábales la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo, con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada.

“A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días...”

“Todos eran viejos, inútiles...” Así se termina si antes no se muere aplastado por un derrumbe o por las consecuencias de la explosión del grisú.

De este modo, Diamante se convierte en el símbolo de la vida minera. Desde el vigor primitivo hasta sus últimos resignados latidos, Diamante es la queja sin voz de los que trabajan para la Compañía. Por eso no nos ex-

traña cuando se acerca el foco narrativo a esos "...viejos inútiles para los trabajos del interior de la mina" que conforman el expectante coro silencioso del destino y se destaca a uno de ellos de quien se supone que:

"Su mirada, su gesto, su actitud meditabunda y reflexiva parecían decir:

—¡Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y la bestia".

Esta afirmación es la afirmación de *Sub Terra*: la existencia minera no tiene otra salida. Es una toma de conciencia que convertirá a "Los inválidos" en una forma alegórica del nacimiento, vida y muerte del minero.

"Sub Terra" se inicia con la historia de Diamante y con ella tenemos la apertura a los últimos momentos del hombre que ha entregado sus energías en las galerías del carbón. Diamante trae el mensaje del destino aun desde el momento en que aparece... "Suspendido en una red de gruesas cuerdas, sujeta debajo de la jaula".

La narración de este cuento está hecha por un narrador observador que utiliza a un testigo como elemento de toma de conciencia. Ese testigo es el que se supone que piensa, compara y denuncia, pero con una denuncia muda de ese coro que observa silente la extracción del caballo:

"Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y la bestia. Agotadas las fuerzas, la mina nos arroja como la araña arroja fuera de su tela el cuerpo exangüe de la mosca que le sirvió de alimento".

¡Camaradas, este bruto es la imagen de nuestra vida! Como él, nuestro destino será, siempre, trabajar, padecer y morir".

Percibimos un germen de rebeldía, pero para el mundo de *Sub-Terra*, la rebeldía se paga, como en "El Grisú", sólo con la propia muerte. El cauce natural de la existencia conduce fatalmente a la destrucción. O se paga como "viejo inútil" o se sucumbe como Viento Negro en "El Grisú".

El viejo, personaje testigo, permanece hasta el último y recoge cada acto de Diamante. La inmovilidad primitiva de la bestia, su ceguera, su aire asustado, contribuyen al proceso de alegorización, proceso del cual no hay duda que es consciente en el autor. Así podemos, no sin cierta

audacia, establecer un paralelismo entre la historia del minero en general y la historia de Diamante. Los motivos de la miseria, el dolor, y la muerte los sintetiza la conciencia del testigo:

“Como él, nuestro destino será, siempre, trabajar, padecer y morir”.

Más adelante podemos descubrir que las moscas, los tábanos y los buitres adquieren especial significación. Las moscas:

“Al andar levantaba los cascos doblando los jarretes como si caminase aún entre las traviesas de la vía de un túnel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaba a su alrededor sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel y el febril volteo del desnudo rabo, acosábalo encarnizadamente, multiplicando sus feroces ataques”.

Esas moscas hasta el enjambre adquieren la categoría simbólica de la miseria sucia y resignada.

Diamante tiene hambre y el mismo marco escénico contribuye a hacerla más indigna y sin concesión ni alivio:

“Diamante, acosado por el hambre y la sed, anduvo un corto trecho, aspirando el aire ruidosamente. De vez en cuando ponía los belfos en contacto con la arena y resoplaba con fuerza, levantando nubes de polvo blanquecino a través de las capas inferiores del aire que sobre aquel suelo de fuego parecían estar en ebullición”.

Hambre y aridez se complementan en su intención alegorizante. La ceguera no disminuye... hasta que:

“De súbito rasgó el aire un penetrante zumbido, al que siguió inmediatamente un relincho de dolor, y, el mísero rocín, dando bruscos saltos, se puso a correr con la celeridad que sus deformes patas y débiles fuerzas le permitían a través de los matorrales y depresiones del terreno. Encima de él revoloteaban una docena de grandes tábanos de las arenas.

Aquellos feroces enemigos no le daban tregua y muy pronto tropezó en una ancha grieta y su cuerpo quedó como incrustado en la hendidura. Hizo algunos inútiles esfuerzos para levantarse y, convencido de su impotencia, estiró el cuello y se re-

signó con la pasividad del bruto a que la muerte pusiese fin a los dolores de su carne atormentada. Los tábanos, hartos de sangre, cesaron en sus ataques y, lanzando de sus alas y coseletes, destellos de pedrería, hendieron la cálida atmósfera, y desaparecieron como flechas de oro en el azul espléndido del cielo cuya nítida transparencia no empañaba el más tenue jirón de bruma”.

Los tábanos, símbolo dual de dolor y explotación, no le dan tregua y frente a ellos sólo cabe la pasividad y la impotencia. Y cuando Diamante cae en esa pasividad e impotencia, el símbolo inequívoco de la muerte extiende su sombra:

“Algunas sombras, deslizándose a raíz del suelo, empezaron a trazar círculos concéntricos en derredor del caído. Allá arriba cerníase en el aire una veintena de grandes aves negras, destacándose del pesado aletear de los gallinazos el porte majestuoso de los buitres que, con las alas abiertas e inmóviles, describían inmensas espirales que iban estrechando lentamente en torno del cuerpo exánime del caballo.

Por todos los puntos del horizonte aparecían manchas oscuras: eran rezagados que acudían a todo batir de alas al festín que les esperaba”.

El paralelismo entre las situaciones sufridas por el bruto y los mineros se cierra cuando ya habíamos olvidado al minero testigo:

“El anciano carretillero, sentado en su vagoneta, contemplaba desde la cancha el desfile de los obreros cuyos torsos encorvados parecían sentir aún el roce aplastador de la roca en las bajísimas galerías. De pronto se levantó y, mientras el toque de retiro de la campana de señales resbalaba claro y vibrante en la serena atmósfera de la campiña desierta, el viejo, con pesado y lento andar, fue a engrosar las filas de aquellos galeotes cuyas vidas tienen menos valor para sus explotadores que uno solo de los trozos de ese mineral que, como un negro río, fluye inagotable del corazón del venero”.

Es este personaje quien mantiene los hilos que conectan la historia de Diamante con la existencia del obrero

de *Sub-Terra*: La miseria, el dolor y la muerte en sus símbolos: moscas, tábanos y buitres, trazan la trayectoria del existir, destino implacable que se acepta con docilidad y resignación para terminar en la inutilidad del viejo o en la violencia del grisú.

El motivo de la vejez inútil se convierte en reiterativo dentro del mundo artístico de *Sub-Terra*, pero es en "Los inválidos" donde adquiere significación como para palparlo en cada acto de los personajes posteriores. Así es como en "La Compuerta Nº 12", se plantea el doloroso contrapunto entre el padre angustiado ya próximo a su punto final y el hijo lleno de terror que se inicia en las faenas.

Al hacer el análisis de "La Compuerta Nº 12", nos parece que es la atmósfera de este cuento la que confiere especial densidad a la narración. La atmósfera intensifica el dramatismo del minero niño.

En "La Compuerta Nº 12", la atmósfera está configurada por dos substantivos. Uno, es el resultado de un estado de ánimo, y el otro es integrante del marco escénico: angustia y sombra (con todos sus equivalentes).

La angustia se traslada del niño al padre y, en cada ocasión, las sombras o la oscuridad envuelven al grupo. En algunas oportunidades, la atmósfera aparece como resultante de la fusión del estado anímico de un personaje con el marco escénico por donde camina.

Asistamos a los primeros pasos de la creación de atmósfera:

"Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos, y el piso que huía debajo de sus pies le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descanso, sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro, las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y a sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra de las hendiduras y partes salientes de la roca: una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto".

La angustia la siente el niño. No hay duda que si se habla de la angustia del niño, ésta existe en el ambiente. El padre no ha hablado, pero se percibe su inquietud. Las paredes del pozo y el agua que se filtra, aumentan la desazón.

Continuamos en el relato y la atmósfera se configura únicamente con el marco escénico:

“Pasado un minuto, la velocidad disminuye bruscamente, los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con un áspero rechinar de goznes y de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería, bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candil de hoja de lata, cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:

—Señor, aquí traigo el chico”.

Luego, la descripción de rostros y las frases explicativas que más adelante se hacen, nos permiten una ligera liberación. Hasta nos molesta como recurso fácil, el patetismo de la tos seca. Pero nuevamente nos envuelve la atmósfera cuando:

“...el capataz, vencido por aquel mudo ruego, llevó a sus labios un silbato y arrancó de él un so-

nido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyóse un rumor de pasos precipitados y una obscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta”.

Esa “obscura silueta” trae un poco de mina prendida a su figura.

Más adelante, reaparece la atmósfera de angustia y obscuridad, pero ahora pasa a ocupar el primer plano la angustia del padre. Su desesperación es acompañada por el ritmo de esos pasos cortos y largos que da el grupo para no hundirse en el suelo fangoso de la mina.

“Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante; y más atrás con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos, cada día se acercaba más al fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina”.

Algo adivinamos cuando vemos al primer niño que abre una compuerta: “un niño de 10 años, acurrucado en un hueco de la muralla”. Luego, los sentimientos y las sombras se confunden y la atmósfera cobra vida para golpearnos nerviosamente:

“Un ruido sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron, por fin, delante de la compuerta número doce.

—Aquí es —dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en la roca.

Las tinieblas eran tan espesas, que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apenas dejaban entrever aquel obstáculo. Pablo, que no se explicaba eso alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, después de cambiar entre sí algunas palabras breves y rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad y empeño el manejo de la compuerta”.

Aquí se cierra la atmósfera. Hacia adelante encontramos recursos cuyo fin, es lograr el patetismo con los gritos del niño: “¡Madre! ¡Madre!”, luego que el padre ha amarrado a su hijo para que ocupe el puesto.

Los gritos hacen eco en la galería de la mina y crecen en el alma del padre confundidos con una rebelde, pero impotente desesperación.

Como empieza Pablo, empieza todo niño minero; como termina Diamante, terminará el padre.

“Los inválidos” y “La Compuerta N<sup>o</sup> 12” son el epílogo y el prólogo de la existencia minera.

